



Homilía de  
Su Eminencia  
**Gerald Cyprien Lacroix**  
*Arzobispo de Quebec*  
*Primado de Canadá*

### **Celebración de la Palabra**

*Pavillon de la Jeunesse, Quebec, 28 de Febrero de 2014*

**« ¡ Celebremos la alegría del Evangelio ! »**

Queridísimos hermanos y hermanas,

Cuando uno se inclina hacia la persona de Jesucristo y que lo dejamos inclinarse hacia nosotros, podemos entonces ser apasionados por esta profunda belleza y esta inmensa ternura que contemplamos : la del rostro de Dios que se ilumina para nosotros y nuestro propio rostro iluminándose en su mirada.

Cuando pasó los 33 años de su vida entre nosotros, Jesús permitió a cada persona que encontraba y que lo deseaba, ser regenerada y recibir vida nueva por el amor inaudito de Dios hecho tan concreto, tan visible, tan asequible por su presencia.

Jesucristo tuvo una sola misión : anunciar y permitir.

Anunciar y permitir que todo ser humano *encogido sobre sí mismo* pueda tener la posibilidad de ser mirado con los ojos de Dios ; que todo ser humano *aplastado por el peso del día y de los eventos* pueda tener el privilegio de ser alzado por la mano de Dios ; que todo ser humano *herido, triste, dolido*, pueda vivir la experiencia de felicidad de ser reconocido y acogido por la ternura de Dios ; que todo ser humano *llevando la muerte en el alma* pueda probar la alegría de nacer de nuevo en la resurrección de Cristo ; que todo

ser humano finalmente pueda por fin poner un nombre y un rostro sobre el amor infinito y verdadero: Jesús, el Padre y el Espíritu Santo.

Ahora bien, Jesús no opera de la misma manera que los súper héroes modernos. Sobre todo, no es el “héroe solitario” que se inclina sobre un mundo miserable que hay que salvar con sus poderes mágicos... Nada de eso hay en Él... Déjame contarles de nuevo la parábola de la oveja perdida y encontrada, haciendo los vínculos con los tres relatos evangélicos de esta noche.

Era una vez Jesús, el Cristo, que vino a habitar entre nosotros, caminando entre los hombres y las mujeres... Llevaba la “luz” del amor del Padre. Deseaba una sola cosa: permitir a todos los que viven a veces en ciertas oscuridades interiores... que son sumergidos en las tinieblas... que son heridos por el no-amor, el rechazo y enterrados en el miedo, de escuchar que no pertenecen a la muerte! De escuchar que son hechos para la libertad que tal vez ya no esperaban, de escuchar que no pertenecen a lo que les desfigura desde hace tanto tiempo, de escuchar que son hechos por la Belleza, por la Verdad y por la Luz!

*“Al principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. (...) La luz verdadera que ilumina a todo hombre estaba viniendo al mundo”* (Jn 1). Ahora bien, percibiendo claramente que todo hombre y toda mujer hace la experiencia un día u otro en el camino de su propia vida de estar perdido, de vivir un desierto interior, Jesús, siendo el último enamorado, desciende para encontrarnos y nos ofrece llevar nuestros sufrimientos.

¿Cómo lo hizo? Las llevó tan íntimamente que se dejó traspasar de par en par por el dolor de los hombres y las mujeres. Las llevó tan profundamente que los sufridos pudieron reconocerse en Él... Entonces, escogió – porque es el movimiento mismo del amor – de perderse con todas las ovejas perdidas – las 99 otras dejadas en el desierto de las heridas interiores, desierto de nuestras carencias de amor y de fe, desierto de nuestras opciones mal alumbradas, desierto de nuestros reflejos y actitudes a veces demasiado vueltos hacia nuestros propios intereses, desierto de nuestras muertes bajo todas sus formas.

Entonces, los que llevan las marcas de la flagelación de los males que tuvieron que sufrir, que llevan las marcas de los clavos de las palabras y de los actos que desgarran su cuerpo y su alma, que llevan las marcas de la lanza de las palabras y de los gestos que atraviesan el corazón y el costado, pueden ver en Jesús crucificado Dios quien se hizo a su semejanza!

Es en el desierto del hambre y de la sed de vivir, en el desierto de la muerte que reveló un cierto viernes por la tarde, un viernes desde entonces santo, que ninguno de entre nosotros pertenece al desierto, que ninguno de entre nosotros está hecho para habitarlo, que ninguno de entre nosotros está condenado a quedarse allí.

¿Por qué? Porque : “*Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que quien crea en él no muera, sino que tenga vida eterna*” (Jn 3). La cruz y el cirio pascual, que hicieron su entrada solemne hace unos instantes, ponen en la luz esta palabra: “*Como Moisés en el desierto levantó la serpiente, así ha de ser levantado el Hijo del Hombre, para que quien crea en él tenga vida eterna.*” Podemos entonces estar sorprendido de contemplar el rostro de Dios que se ilumina para nosotros y nuestro propio rostro iluminándose en su mirada. Nos dejamos transfigurar y volvemos a encontrar la vida en abundancia.

Por fin, habiéndolos “encontrados”, Jesús el cordero inmolado se vuelve también el buen pastor que carga las ovejas perdidas sobre sus hombros (las levanta sobre la cruz y en la resurrección) y regresa a la casa del Padre con todas las ovejas, en la gran alegría de las mañanas de Pascua, para hacer la fiesta con todos los Santos del cielo que ya están en la alegría, la alegría de la resurrección.

Es esta gran alegría evangélica que celebramos juntos esta noche! Una alegría que es posible probar cada vez que dejamos el Señor alcanzarnos en nuestras heridas y tomarnos sobre sus hombros de “buen pastor” en el perdón, en la Eucaristía, en una comunidad cristiana fraterna para conducirnos afuera de nuestros desiertos! Alegría de vivir entonces la Pascua, alegría de vivir la resurrección! Es por Él, con Él y en Él, que podemos por fin regresar a casa y encontrar nuestra identidad de verdaderos hijos e hijas de Dios. Él es “*el Camino, la Verdad y la Vida*”.

Cuando Cristo quitó sus apóstoles y todos sus discípulos, les confió de continuar lo que ya había iniciado. Para eso, derramó sobre ellos su Espíritu, el Espíritu Santo. Desde hace 2000 años, el soplo de Pentecostés, el soplo del Resucitado hace de la Iglesia el sacramento de la santidad de Dios. Aunque en su historia, lejana como reciente, no siempre fue a la altura de esta santidad, avanza sin embargo y está en marcha con el mundo. Estos años no son fáciles, pero nos permiten centrarnos sobre Jesucristo, de volvernos sus discípulos que se dejan convertir y enviar.

Nosotros, bautizados de la Iglesia, aspiramos en lo más profundo de nuestro ser a comunicar la *fe* que nos vuelve hacia Dios y la humanidad; a reavivar la *esperanza* que nos permite creer en un presente y un futuro atravesados por el Amor de Dios; a ejercer la *caridad*, don que recibimos para que todo ser humano encuentre el Amor de Dios en su camino, para que todo ser humano pueda entender que no pertenece a lo que lo desfigura, para que todo ser humano pueda con los bautizados probar la alegría del cielo sobre la tierra, para que ningún ser humano no se sienta definitivamente perdido, pero que escucha que está prometido a la vida en abundancia, a la vida eterna.

Amigos míos, ésta es la alegría del Evangelio compartido! Es la misión que nos es confiada por el Señor. El papa Francisco nos invita a vivir nuestra misión con valentía en medio de las realidades humanas. Nos recuerda que “*Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás. Espera que renunciemos*

*a buscar esos cobertizos personales o comunitarios que nos permiten mantenernos a distancia del nudo de la tormenta humana.” (Evangelii gaudium, No. 270).*

Para mí, Gerald Cipriano, su pastor, su arzobispo, ahora Cardenal en la Iglesia de Cristo, deseo de todo corazón que la Iglesia de Quebec pueda llegar a ser más y más esta comunidad de bautizados que se dejen restaurar, renovar por la luz del Resucitado y que se entrega en la gran misión de anunciar al mundo la alegría del Evangelio. El papa Francisco nos recordaba que *“Todos tienen el derecho de recibir el Evangelio. Los cristianos tienen el deber de anunciarlo sin excluir a nadie. (...) La Iglesia no crece por proselitismo sino «por atracción»” (Evangelii gaudium, No. 15).* Por eso, esta noche, les digo, seamos atrayentes! Rebosantes de la alegría pascual!

Queridísimos hermanos y hermanas, quieren conmigo continuar a construir la Iglesia de Cristo para que la vida, la verdadera vida, la que viene de Dios, renueva en profundidad nuestra sociedad quebequense? Hemos recorrido mucho camino juntos a partir de las 4 pistas que les proponía hace tres años cuando inauguraba mi ministerio como arzobispo de Quebec. ¿Se acuerdan? Se les repito :

- Mantengamos los ojos fijos en Jesús, el Buen Pastor. Camina delante de nosotros.
- Seamos hombres y mujeres de la Palabra de Dios, la Palabra de Vida, que nos reúne y nos envía.
- Comprometámonos en el camino de la Nueva Evangelización volviéndonos discípulos misioneros.
- Testimoniemos de nuestra fe y de nuestra esperanza, en la vida cotidiana, en nuestras comunidades cristianas y en medio de las realidades humanas.

Me permito agregar dos acentos particulares. He decidido dedicar mi cardenalato a la familia. Nuestras familias necesitan mucho apoyo, presencia, sostén y esperanza. La Iglesia no puede estar bien de salud, la sociedad no puede estar bien de salud si la célula de base que es la familia no lo es. La familia es la cuna de la vida y de toda vocación. La familia, es el porvenir de todos y de todas. Que el Señor me permita, con ustedes, de servir mejor y acompañar a todas la familias de nuestra Diócesis.

El segundo acento son las vocaciones. Estoy convencido que el Señor sigue llamando a hombres y mujeres a entregar su vida al servicio del Evangelio, por el servicio de la misión de la Iglesia, por el servicio de la humanidad. Todas las vocaciones son importantes, aunque sean diferentes. En este momento, nuestra Iglesia tiene una necesidad grandísima de sacerdotes, de pastores para servir bien esta porción del Pueblo de Dios que nos es confiada.

Juntos, debemos hacer todo para animar las vocaciones sacerdotales, para acompañar a los jóvenes en su discernimiento y sostenerlos para que puedan descubrir el

llamado de Dios y responder a él. El Seminario Menor Diocesano de Quebec es una obra que está llamada a continuar para apoyar a los jóvenes y las familias en toda la Diócesis. Oremos por esta gran obra. Nuestro Seminario Mayor de Quebec, con sus 350 años de existencia, así como el Seminario Redemptoris Mater tienen la gran responsabilidad de formar los pastores misioneros que nuestra Iglesia necesita para las próximas décadas. Llevemos estos equipos de formadores y seminaristas en nuestro corazón y en nuestra oración.

Debemos también suplicar el Señor para que nos dé vocaciones de hombres y mujeres consagrados en todas sus formas antiguas o nuevas, para que juntos podamos evangelizar y compartir la alegría del Evangelio.

---

Me gustaría terminar con una oración:

*Virgen María, Estrella de la Nueva Evangelización, Patrona de nuestra Diócesis, ayúdenos a irradiar, por el testimonio de la comunión, del servicio de la fe ardiente y generosa, de la justicia y del amor por los pobres, para que la alegría del Evangelio llegue hasta los confines de la tierra y que ninguna periferia sea privada de su luz.*

*Madre del Evangelio vivo, fuente de alegría para los pequeños, ore por nosotros.*

*Amen. Aleluya !*